

georges duby el historiador hoy*

Traducción de MARIA LUISA JARAMILLO

—En las líneas finales de un artículo aparecido en el número que L'Arc le dedicó, "Le mental et le fonctionnement des sciences humaines", usted habla de la necesidad, un poco nueva para el historiador, de "hacer la historia de los historiadores", "de interrogar por consiguiente a los científicos". ¿Qué le parece que justifique hoy esta nueva exigencia, esta especie de urgencia, a la vez intelectual y existencial?

—Pienso que es una especie de modestia con relación a nuestro oficio. Hemos descubierto progresivamente que la objetividad del conocimiento histórico es mítica, que toda historia es escrita por un hombre, y que cuando este hombre es un buen historiador pone mucho de sí mismo. Hemos descubierto, por otra parte, que el te-

rreno del historiador se desplaza a lo largo de las edades, que la función de la historia en una sociedad se transforma y que de todas maneras es necesario considerar en el trabajo a los historiadores que nos han precedido, para aprovechar al máximo lo que ellos aportan, su entorno y su propia personalidad.

—¿No hay allí una paradoja en la medida en que la historia moderna, con sus métodos y su desarrollo, se ha encaminado hacia una historia cada vez más precisa, aparentemente más objetiva, cada vez más "científica"?

—Claro que sí. Los historiadores han tratado de afinar sus herramientas, de tal manera que capten la realidad del pasado de un modo cada vez más científico. Por ejemplo, todo el desarrollo de la historia serial, de la historia cuantitativa, la utilización de la informática, que permite ar-

chivar de una manera más precisa, más convincente, las huellas que conservamos del pasado. De todas maneras este material, de una mejor calidad, lo utilizamos de la misma manera que nuestros antecesores al servicio de nuestras pasiones, de la ideología que nos domina y que el discurso histórico es una creación en la cual la sensibilidad, el arte de escribir juegan un papel en mi concepto necesario. Esta elaboración del material es hecha de una manera subjetiva.

—¿De qué manera fue descubriendo poco a poco esta problemática en su propia experiencia de historiador?

—Tendría que contarle un poco mi vida. Comencé, hace muchos años, a trabajar en la línea de lo que quedaba de la historia positivista. Mis primeros trabajos se refirieron esencialmente a las estructuras materiales de la sociedad. Comencé tratando de escribir una historia de la economía rural de la Edad Media puesto que esta época está dominada por el campo: si se quiere conocer el comportamiento de los hombres de ese tiempo, es indispensable saber cómo se cultivaban los campos y lo que esos campos producían. Pero, muy pronto, me di cuenta de que una sociedad no se explica únicamente por lo material, sino que allí intervienen de manera también determinante y algunas veces más determinante, factores que tienen que ver con lo mental, con la idea, con la representación ideológica. Actualmente, me he separado bastante de lo que se refiere a la base material del edificio social. Me intereso más por objetos mucho más impalpables, por las ideas, por lo que la gente tiene en la mente y por lo que gobierna su comportamiento. Lo que por otra parte me hizo pasar de una cierta parte del material documental hacia otra. Cuando comencé mi trabajo de historiador, la historia despreciaba bastante lo que llamamos las fuentes narrativas y los historiadores trataban con predilección documentos de archivos, los mapas, los libros de cuentas, todo lo que constituye por lo demás la materia de esta historia cuantitativa de la que hablábamos. Poco a poco me di cuenta de que lo que se había

desdeñado, es decir los relatos, las obras de los historiadores del pasado, constituyen una inagotable reserva sobre las mentalidades, las ideologías, ese material constituye hoy mi interés esencial, y trato de releer con otra óptica los textos que la historia positivista del siglo XIX había utilizado para construir una historia de los acontecimientos.

—Usted llega a pronunciar, en el artículo al que hice referencia, la palabra ficción. Dice que los testimonios de estos historiadores que construyen una cierta ficción, le parece que son de la misma naturaleza que los documentos a priori mucho más confiables como los mapas, las actas notariales en las cuales se apoya una historia que se considera científica, la que usted también ubica en ese universo de ficción.

—Peco tal vez por exceso de escepticismo. Pero mire, por ejemplo: soy historiador de los siglos XI y XII y trato de ver cómo funcionaba el organismo social en esa época. Se puede estudiar el funcionamiento a partir de actas de donación o de actas de procesos que nos quedan. Tenemos la impresión de estar frente a testimonios absolutamente brutos y así poder darnos cuenta cuáles eran las verdaderas relaciones entre los hombres. Esto es lo que conduce a considerar con un ojo crítico lo que los historiadores de ese tiempo escribieron de la sociedad, puesto que su visión estaba deformada por su propia ideología. Pero si se mira de cerca, nos damos cuenta de que en esas actas de procesos o en esas actas de donación lo vivido está igualmente manipulado, modificado por lo mental y que, finalmente, la imagen de la sociedad está falseada en esos documentos tanto o casi como en las crónicas, en las narraciones que nos parecen, en una primera ojeada, que se inclinan hacia la ficción.

—¿Pero qué le ocurre entonces al historiador en esa articulación de ficciones, cuál es su posición con relación a lo real de la historia de las sociedades que debe reconstruir?

* Entrevista con Raymond Bellour.

—Ahora hablé de la modestia: pienso que el historiador no debe engañarse. Lo que él enuncia, cuando escribe historia es su propio sueño, hay claro está entre la historia y la novela la gran diferencia que consiste en que la ficción histórica debe basarse en algo que haya sido verdaderamente vivido; pero el proceso no es en el fondo muy diferente. El historiador cuenta una historia que forja a través de un cierto número de informaciones concretas. No me haga decir que yo repudio el método histórico que fue moldeado con tanto rigor por nuestros predecesores del siglo XIX. Por el contrario, hay que mantener esta preocupación crítica con respecto a la información. Pero, lo repito, este material criticado, lo utilizamos con la mayor libertad, dándonos perfectamente cuenta de que no alcanzaremos nunca una verdad objetiva.

—Es un poco ese doble juego que usted jugó en un libro como *La Batalla de Bouvines* donde por un lado dió las fuentes con una especie de obstinación erudita y por el otro reconstruyó en la escritura el acontecimiento como un acontecimiento de ficción.

—Sí, lo que quise hacer en *Bouvines*, fue tratar de mostrar en primer lugar cómo el acontecimiento había sido en gran medida creado por la relación que se había hecho de él.

—¿Por los mismos historiadores?

—Por los mismos historiadores. Por los testigos. Empecé por reconstruir lo que había sido la historia "inmediata" de Bouvines, que provenía al comienzo de un reportaje llevado a cabo en el mismo sitio, en el campo de batalla, por un profesional que fue el verdadero creador del acontecimiento. ¿Qué es un evento? Es algo que no toma cuerpo sino porque se habla de él.

—¿En el sentido en el que Pierre Nora, refiriéndose a la historia inmediata, ha dicho que es a causa de los nuevos medios de información que se da una extensión de la creación del acontecimiento por los medios?

—Así es. Esto también es cierto para el siglo XIII. Bouvines fue creado por los media que eran los cronistas. Luego, quise ver cómo la memoria y el olvido intervinieron para modificar este acontecimiento, cómo el acontecimiento fue recuperado de generación en generación, cómo fue utilizado al servicio de una cierta ideología, por una cierta concepción de lo que debía haber sido el pasado.

—Desde esta perspectiva ¿cómo concibe la relación entre las diferentes ciencias humanas y la historia que se encuentra en la encrucijada de estas ciencias?

—Fui formado en el espíritu de Lucien Febvre y de Marc Bloch, es decir de aquel bello momento en el que los *Annales* necesitaban que la historia se abriera frente a las otras ciencias del hombre. Pienso que el historiador debe estar al acecho de todo lo que ocurre a su alrededor. Considero que, actualmente, la antropología es la ciencia que tiene más iniciativa: me parece que entendí mejor la sociedad medieval después de haber leído lo que los etnólogos y los etnógrafos han descrito de las sociedades extra-europeas. También estoy muy atento a las investigaciones de los biólogos, los etólogos, de aquellos que se ofrecen para aclarar las relaciones entre el cuerpo, lo mental y las conductas. Me interesa también lo que ocurre en la sicología y en el terreno, algunas veces inquietante, del psicoanálisis.

—Me sorprendió, por ejemplo, que palabras como sueño, fantasma, se repiten en su obra de una manera viva, como ligadas a la posición de enunciación del sujeto histórico.

—Pienso que mi actitud está muy determinada en primer lugar por el progreso de la semiología, y luego por el peso del inconsciente que sentimos en nuestro comportamiento. Lo que enunciaba al final del artículo de *L'Arc* que usted citó, responde a la conciencia que parcialmente tomé de las relaciones entre mi discurso y lo que ocurre en el fondo de mi ser; creo que ese sentimiento de la subjetividad de la histo-

ria se ha mantenido en mi obra por esta experiencia.

—Hemos visto aparecer progresivamente, en esta serie de emisiones, la idea de historia nacional, de historia de Francia. Digamos que a partir de Pasquier, con sus *Recherches de la France*, con Mézeray, en el siglo XVIII, hasta Lavissee, vemos cómo se desarrolla la historia de Francia. Usted, que dirigió una "*Histoire de France*", sin haberla escrito verdaderamente, ¿puede precisar cómo se sitúa hoy el historiador con relación a la idea de historia nacional que ha obsesionado el desarrollo de la historiografía?

—La cuestión que abordamos ahí es la función de la historia. ¿Para qué sirve la historia? Ella es en primer lugar una diversión: el historiador siempre ha escrito para su propio placer y para el placer de los otros. Pero también es seguro que la historia ha cumplido una función ideológica, la cual ha variado en el curso de las edades. Para Raoul Glaber, al que me referí en una de las primeras emisiones, esta función era la de la interpretación moral de los hechos: se trataba, al contar lo que había pasado en otra época, de mostrar a los hombres cómo Dios quiere que ellos actúen. Esta función de pedagogía moral llevada a cabo por la historia se prolongó mucho tiempo puesto que cuando Michelet enseñaba aquí en el Colegio de Francia, tenía una cátedra de "Historia y de Moral". Cuando algún tiempo después de Glaber los Estados en Europa se reconstituyeron, los historiadores se pusieron al servicio de estos Estados, al servicio del Príncipe, y esta moral se convirtió en una moral política. En el siglo XII, el historiador se encuentra de esta manera al servicio de un príncipe feudal y escribe, por ejemplo, la historia de Normandía. Cuando la unidad francesa se constituye bajo la autoridad monárquica se escribe la historia de Francia. Es evidente que en el gran momento de la historia positiva, el sentimiento nacional de fuerte coloración chauvinista estaba en su apogeo. La historia de Lavissee fue una historia eminentemente nacional,

difundida en todos los niveles del edificio cultural: existía la gran *Histoire de France* propuesta a las élites y las pequeñas historias para la escuela primaria en donde se enseñaba que se debe estar orgulloso de ser francés, que eventualmente se debe defender el país y soñar con la reconquista de Alsacia y Lorena. Ya no estamos en ese punto. Y por otra parte, recuerdo que cuando me solicitaron que dirigiera la *Histoire de France* a la que usted se refiere, nos preguntamos si la empresa no era anacrónica. Algunos hubieran deseado —y parece que todavía hay quienes lo desean— que se hubiera escrito una Historia de Europa, de una cierta Europa por supuesto. Mientras que este enorme cambio que estamos viviendo, bajo la forma de una verdadera planetarización de los conocimientos, hace que, en la producción teórica actual, considerar los fenómenos en el marco de los Estados tal y como existen, parezca vano. Lo importante parece ser actualmente escribir la larga historia de todas las civilizaciones en sus relaciones recíprocas, mientras que, por otro lado, por un movimiento inverso, se asiste a la resurgencia de una historia muy local. Mire el éxito que tienen en Francia las historias regionales, ligado a la voluntad de autonomía de las provincias, el éxito de las historias de una ciudad, de las historias de un pueblo.

¿Piensa usted, y ahora soy yo el que hace una pregunta, que la Historia puede tener una función moral?

—No se puede poner en duda, si se ve hasta qué punto la función de la educación se ha desplazado durante la revolución escolar y universitaria de estos últimos treinta años. Pero eso me lleva a otra pregunta. Hemos sido llevados, a través de esta problemática de la historia de Francia, a plantearnos el problema de la institución, el de un cierto poder de la historia y del historiador. ¿Cómo se siente hoy el historiador con relación a esta noción de institución?

—Le respondo inmediatamente: soy un profesional. La historia es mi oficio, mi medio de sustento. Michel de Certeau lo dijo muy bien: el trabajo histórico es reali-

zado casi siempre en instituciones, lo que no deja de tener sus consecuencias. Puede ser la institución universitaria, pero hay otras que no son menos importantes: pienso, por ejemplo, en esas instituciones que constituyen las casas editoriales, la radio o la televisión. Tenemos que responder a las llamadas de un editor o de un "productor". Trabajamos muy a menudo por encargo. No fue por gusto que redacté una historia de Francia, sino porque un día vinieron a proponerme que lo hiciera, y no me chocó la idea. Le hago una confesión: en mi vida no he escrito, de manera absolutamente libre, sino dos de mis libros, mi tesis de Doctorado, para la que yo mismo escogí el tema, y mi ensayo sobre los tres órdenes de la sociedad feudal. Todos los demás me los han encargado.

—Esto es lo que Barthes decía de la mayor parte de sus libros.

—Este es el poder estimulante de estos intermediarios entre el científico y su público. Acepté estos encargos porque respondían a mi deseo. Un día, o más bien una noche, recibí una llamada telefónica de un hombre que nunca había visto, Albert Skira, y me dijo: venga a Ginebra pasado mañana, tengo una propuesta para hacerle. Me propuso que escribiera la serie en la que apareció **El tiempo de las catedrales**. Ahora bien, hacía años que había tratado de hacer una sociología del arte medieval. El caso de **Bouvines** fue un poco diferente. La colección "Les trente journées qui on fait la France" eran de historia de acontecimientos. La propuesta no iba pues en lo más mínimo en la dirección de mi trabajo. Pero tomé la cosa a mi manera, no me comprometí con el proyecto. Eso dio como resultado todo lo que ya hemos hablado.

—Lo que dice plantea dos tipos de preguntas. ¿Cómo se sitúa actualmente el historiador en la sociedad a partir de la institución universitaria que representa? Por otra parte, ¿cómo se siente con relación a lo que se podría llamar la moda histórica, esa marejada que desde hace veinte

años ha hecho del historiador la nueva figura de las grandes modas intelectuales?

—Personalmente, no estoy interesado en lo más mínimo en proseguir el sueño de Michelet, de profesar una especie de mensaje que movilizaría a las multitudes. Pero en el seno de la institución universitaria, creo mucho en el papel de la historia en una enseñanza democrática y lucho para que ese papel no se restrinja; por otra parte, en el campo de la investigación, veo que la historia, que en un cierto momento pareció estar rezagada con respecto a las otras ciencias humanas, retoma confianza en ella misma y se cree capaz de aportar una colaboración decisiva a las otras grandes disciplinas, a la antropología o a la sociología.

En lo que se refiere a esta inflación del gusto histórico, soy de aquellos que —y no todo el mundo está de acuerdo con mi posición— piensan que nuestro deber es el de poner al alcance del público más amplio lo que descubrimos. Pienso que nos debemos dirigir a un público más amplio que el de nuestras aulas. Es necesario que el historiador colabore con esta tarea esencial que es la de mantener en nuestra sociedad el espíritu crítico. Si digo que soy escéptico en lo que se refiere a la objetividad, es también porque yo creo prestar un servicio a la gente al persuadirla de que toda información es subjetiva, que se debe recibir como tal y por consiguiente criticarla.

—Como si el espíritu crítico fuera la parte de sueño necesaria para cada sujeto en la sociedad en la que se encuentra.

—Así lo pienso.